

## Lo que queda después de un análisis.

*por: Trinidad Sanchez-Biezma de Lander*

Cuando me invitaron a participar en este espacio no dudé en decir que sí. Hubiera podido sustraerme, considerar que la mudanza era un paso lo suficientemente importante y laborioso como para no complicarme más la vida con una exposición. Mudarme y ocuparme de las querencias que dejaba y de lo habitual que había decidido trastocar, parecían motivos suficientes para dedicarme por un tiempo a adaptarme sin mayores exigencias, al nuevo paisaje.

Pero no dudé en decir que sí, afirmación que se apoya por un lado en el deseo de ser autora de aquello que causa división, aquello que es resorte pulsional y que el análisis me permitió vivir de otra manera, y por otro lado, de una nueva postura que conlleva el poder aceptar lo desconocido, una cierta capacidad de aventura incluso indeterminación que contrasta con el retraimiento casi fóbico con el que fabriqué la vida. Una cierta aventura con el saber y su transmisión que nunca está asegurada.

Cuando por fin fui al Pase hacía varios años que había finalizado el análisis, casi 7. La pregunta por el final nunca fue una cuestión evidente y aunque siempre estuvo sobre la mesa no era un tema que estaba como algo sabido de entrada. Sin embargo conducir a este punto existía en la mira en la Escuela a la que decidí pertenecer, en donde el deber del analista era leído como la posibilidad de vislumbrar como punto final en cada entrada, la pregunta por el pase. La demanda de análisis que al inicio se sostenía en el dolor, continuó su trayecto convertida en demanda de otra cosa. Demanda de saber de eso que me llevaba día tras día a consulta: mi inconsciente.

Y sucedió que un día supe que había llegado adónde iba. Me detenía sabiendo que se había producido un cambio en mi persona, que el análisis me había permitido dar un viraje. No solo se había modificado la angustia del comienzo sino que también se arribaba a un goce satisfactorio propio

de la vida, un placer que se conquistaba en la medida en que cierto peso se aligeraba.

No es tan simple la idea de inicio y de final en cualquier actividad humana, y es que entre el principio y el final transcurre la vida llena de experiencias, intervalos múltiples que dan cuenta del recorrido y que a mi entender es mucho más importante que el objetivo en sí mismo. Pienso que así debemos entender el psicoanálisis, más como una experiencia que como una técnica que lleva a un fin, experiencia además sostenida por un deseo sin el cual jamás se hubiera producido.

Para mí la elección del pase nunca fue una preferencia o una posición sino una certeza, certeza obtenida de haber concluido el análisis. Si al comienzo está el deseo decidido al final reaparece nuevamente la cuestión de la decisión. La decisión por el pase era leída por mí desde una libertad tal, que arriesgaba hasta el equivocarse.

Se trataba nuevamente de demandar, una demanda que solo se podía satisfacer en el marco de una Escuela. Era la tarea de dar cuenta de mi análisis a Otro que no es el analista. El Otro ahora era la Escuela y esperé, no me quedó otro remedio que esperar hasta que hubo Escuela para tramitar mi demanda. Espera en ocasiones densa, pesada.

Aquí hay dos temporalidades, la primera la Institucional y la segunda la del sujeto que sin duda tuvo que atemperarse a la primera. Atemperarse en el sentido de permitir que ambos tiempos se encontraran y se pudieran entrelazar.

Haciendo un poco de historia pienso que el Pase como dispositivo propio de una Escuela de Lacan no fue ajeno al estallido de la E.C.F.C (Escuela del Campo Freudiano de Caracas), el fracaso en la producción de AE, ponía en tela de juicio el ¿hay analista?, y si bien tenía su colección de sabios al mejor estilo de las sociedades psicoanalíticas de élite, en función del cual el psicoanalista es instituido como tal a partir de un principio corporativo y no a partir de un principio lógico, no había analista como derivado del acto analítico. Por supuesto todo esto sumado al malestar que a nivel internacional corroía a la AMP.

La crisis produjo efectos, para mí el mejor, poder entender desde allí la imposibilidad de la Escuela como un todo compacto, incluso las respuestas que cada quien produjo en su día, hicieron valer el uno por uno que rompe la unidad que la Escuela de Caracas pretendía, para dar paso a los diversos, los distintos.

Luego de la demanda y del sorteo el primer paso es el encuentro con los pasadores. Es un tiempo lleno de sorpresas, de azar. Se trataba de decir de una manera tal que el otro se convenciera de ese decir, de decir de un modo tal que pudiera producirse la transmisión. En mi particularidad esto en otro tiempo era impensable, generalmente me quedaba callada, con miedo. Yo que tanto amaba las palabras era incapaz de usarlas para hacerme entender. El análisis me rescata del silencio y permite que aflore el deseo de decir algo de eso que me había callado. Porque el pase no es echar el cuento aunque lo es, su autoridad reside a mí entender en otra parte: en saber de aquello que queda pero que se conmovió con el paso por el dispositivo analítico.

El encuentro con los pasadores fue eso, una oportunidad de construir con serenidad, otras con cierta pasión, aquello que entendía como la lógica de mi cura. No había transferencia pero si confianza. Justamente el título de este trabajo se lo debo a uno de ellos, preguntó: ¿Qué es lo que queda como resto? Pregunta que hizo resonar los cimientos donde siempre me había sustraído: “que no me miren no siendo...”. El resto si bien seguía como mirada, como una cierta vergüenza para darme a ver había conmovido su núcleo fundamental que anudaba castración-culpa y vergüenza y al trastornarlo ya no producía la inhibición que tanto dolor me había causado.

Se puede decir que el resto es la diferencia de la cual goza cada quien al final de la cura además de indicar “lo que queda” de goce articulado al síntoma del sujeto luego de atravesado el fantasma. También podemos decir que es el valor del núcleo de goce en relación al síntoma original que se ha roto, que se ha deshecho como tal al final del análisis, y que conocemos como Identificación al Síntoma. Pero también “lo que queda” es una sujeto con un saber asegurado. La cura produjo una analista con un saber particular que no estaba en sus inicios en ningún lado, pero que

había supuesto ordenado en la persona de la analista y que tiene la característica de ser un saber que no caduca, más bien es el saber de un recorrido que autoriza.

Freud en 1900 escribe a Fliess: “E. concluyó por fin, su carrera como paciente mío con una invitación a cenar en mi casa. Su enigma está casi totalmente resuelto...subsiste...un resto...” y termina diciendo: “En todo caso, mantendré un ojo vigilante sobre este hombre”. Esta carta está citada por Strachey en una introducción al texto de Freud “Análisis terminable e interminable”. Amorrortu Tomo 23, p.217.

Y luego en “Análisis terminable e interminable” de 1.937 se pregunta por la permanencia de los efectos terapéuticos, y dice que esto depende de dos factores: lo constitucional y lo accidental.

Mientras que lo constitucional es el factor cuantitativo de la intensidad pulsional propia de cada quien. Se trata en otras palabras de la forma de goce, de la posición de goce del sujeto, el segundo factor evoca la Tyché, el encuentro azaroso que puede ser más o menos traumático.

La pulsión y lo real del acontecimiento traumático vienen a encontrarse en un mismo punto, en un espacio que conecta interior (pulsión), con exterior (real traumático). Lacan va a situar este real en la pulsión misma, como un pedido de satisfacción insistente que se repite más allá de la satisfacción y que presentifica para el sujeto la dimensión del trauma, y lo llamará “constitucional o viscosidad de la libido”

Entonces, pulsión, tyché y un tercer elemento que es el yo, el yo que designa al sujeto mismo de la experiencia y no el yo de la II tópica que apunta más bien al narcisismo. A este yo Lacan lo traduce en términos de falta-en-ser. Es el yo dividido ante la pulsión, es el yo que no puede unificarse frente a la pulsión, y es por esto que Freud hablará de la profunda alteración del yo como defensa frente a la pulsión. Entiendo que este término de alteración del yo designa en Freud lo que en Lacan encontramos como fantasma fundamental, forma en la que el sujeto de la defensa responde a la pulsión, más bien, al imperativo de satisfacción de la pulsión.

El fantasma es pues la escena que el sujeto construye para responder a la demanda de satisfacción, demanda de la que no puede huir. Podemos echarnos a correr y no hacer frente a las demandas exteriores, pero no lo podemos hacer con la demanda pulsional, frente a ella solo queda la división, aparecer como falta-en-ser y construir un fantasma.

Freud termina el texto proponiendo que siempre hay restos, fenómenos residuales y habla de: En primer lugar “el trauma”, el encuentro con la sexualidad que siempre es traumática y que tendrá al final de este texto una formulación célebre: “la roca de la castración”

El segundo resto es leído en términos pulsionales. La “viscosidad de la libido”, el enganche de la pulsión a ciertas formas de satisfacción produce un resto, que Lacan escribe (a). Es un resto ineliminable de las formas de satisfacción de un sujeto. Y el tercer resto lo refiere a la división del yo, y aquí podemos escribir esta división como sujeto tachado, el sujeto de la defensa que Freud sostiene se puede modificar al final. El análisis podría producir una rectificación de posición respecto a la pulsión. Esta rectificación evoca la rectificación subjetiva de Lacan, cuando el sujeto modifica su posición defensiva fundamental respecto de la pulsión, respecto al goce y respecto al objeto residual de sus formas de goce.

Hay entonces toda una “teoría del resto”, resto inagotable. El inconsciente es el amo y el fin del análisis produciría una capacidad nueva para vivir, de saber de ese resto, saber cómo, de dónde se construye, saber que sin lugar a dudas se lo brindó el mismo análisis. Esta teoría del resto encuentra su manifestación en eso que Freud llama “los residuos de la transferencia”

Mientras que para Freud lo interminable de un análisis se produce justamente en relación a este resto, Lacan ve en él, en este resto que aparece a veces como exceso y a veces como falta, lo más fecundo. Es “resto fecundo” del cual hará el resorte final de la cura.

Al final “Análisis terminable e interminable” se topa con un punto límite que llama la “roca de la castración” y en este punto y para zanjar el asunto Freud propone un término curioso, “Repudiación de la feminidad” según Ballesteros (3363) o “Desautorización de la feminidad” según versión de

Amorrortu (252), otra manera de llamar a esa “roca de la castración”, a ese lugar de la falta para ambos sexos. “La repudiación de la feminidad – dice Freud- puede no ser otra cosa que un hecho biológico, una parte del gran enigma de la sexualidad. Sería difícil decir si y cuánto hemos logrado domeñar este factor en un tratamiento psicoanalítico” (3364). Este resto es el más resistente para cada sujeto, es el de negar algo propio de la feminidad, algo del goce femenino que no puede quedar apresado en la lógica fálica. Freud se quedó aquí, no abordó más allá de este punto, punto que deja definido como “continente negro” y que Lacan retoma cuando elabora una teoría sobre la posición femenina, como aquello que no se resuelve en la lógica fálica y que debe abordarse como una lógica del no-todo.

La pregunta que el pasador en su momento me hizo se puede plantear ahora en estos términos: ¿cómo atravesar la repudiación de lo femenino?, ¿qué queda luego de haberlo atravesado? Lacan propone una formulación del final del análisis más allá de la dialéctica fálica. Aquí se abren dos vías, una que situamos del lado del significante y del goce fálico; es decir, del lado del goce de la pulsión que puede ser simbolizada por el significante, por las palabras, por las representaciones, por lo decible, la otra, la vía del goce que hemos llamado no-fálico y que a partir de los años 70 introduce en la lógica del no-todo, de algo que no se puede decir.

Voy a rescatar tres tiempos de la cura, de esa aventura subjetiva que parte en su día del “sujeto ingenuo” –así lo llama Lacan en el Acto- y progresa a esa realización de la falta que estaba desde el origen.

El primero que llamaré de Rectificación Subjetiva aparece cuando algo de esto que no se puede decir es rescatado de lo dicho: “Quien sostiene este tratamiento” intervención de la analista en una supervisión al inicio del análisis que apunta a cuestionar la posición de la sujeto, que incita incluso a reformular la demanda porque implica a la analizante en su hacer y en su decir. Una interpretación que permite la entrada en análisis y la hysterización, y que marca de un solo golpe el camino para que advenga el ser de saber que soportará la operación analítica. La experiencia de un análisis supone que el que habla se haga responsable de sus pensamientos, de sostenerlos sin saber de su verdad. No se sabe cuánta

verdad hay en el decir pero no se puede desconsiderar el hecho de que se dice. Sin este tiempo no hay posibilidad de análisis.

La analista con sus palabras abre el campo y permite que la sujeto capte su posición, incluso su estrategia: cargar con el peso ajeno renunciando al propio y a su deseo que dejará a la deriva. Sostener que no solo la liga al Ideal de dar, sino que se articula con el goce que conlleva y que no apunta al bienestar. Tomar a mi cargo la rectificación subjetiva me condujo a un tiempo de construcción, de fantasma. Tiempo de desciframiento de los significantes ideales y construcción del objeto, que significa hacer la historia de todo lo que en la vida ha tenido que ver con lo que no se puede decir.

La palabra en análisis es demanda, es la tentativa de obtener una respuesta que permita al sujeto hallarse amable; esa palabra recubre otra cosa, algo que pasa en silencio. Lo que esa palabra cubre y a la vez sirve de vehículo es la tentativa de obtener del Otro un objeto, una mirada, una palabra; es la pulsión que busca del lado del Otro un objeto para gozar.

Así un buen día, de sopetón me encontré con que la estrategia con la que había construido mis relaciones se desbarataba frente a la negativa de la analista de ser ayudada. Aquí entramos en el segundo tiempo, tiempo del Acto. Un “no gracias” daba al traste mi solícita atención, y nuevamente sorprendida tomé a mi cuenta esa negativa que me hacía reflexionar sobre un mensaje sin palabras, un mensaje que se daba a ver. El Otro cargado hacía signo, resonaba en mi mirada y me devolvía mi propia imagen sosteniendo; el tomar peso del Otro hacía signo en mí cuerpo, un cuerpo cargado, lleno de goce. Lacan lo dice en el Seminario 20: “El significante como animador del cuerpo”, que quiere decir que ese sujeto que no atrapamos en la cadena significativa, lo atrapamos mediante signos, en el nivel del cuerpo afectado de goce. Con este acto la analista crea un vacío donde se esperaba la perpetuación de una sentencia llena de sentido, y trajo un displacer que estaba velado por el automatón de los significantes que me hacían “ser de carga”. Aquí ya se vislumbra el significante de la transferencia pero faltará todavía un tiempo para que se desvele.

La posición del analista no se manifiesta solamente por lo que hace, también por lo que rehúsa hacer. Lacan sostiene que el acto psicoanalítico es un ya un decir. Desde el lugar del no-pienso hay un hacer que tiene consecuencias para el analizante. Porque el acto no se comprende, se siente, sustrae goce, descompleta y esto afecta el cuerpo. Así entiendo la sensación de ligereza, de liviandad que proporciona el final del análisis, para algunos.

El acto de la analista forzó las barreras de la compasión incluso de la belleza, para permitir que algo del significante se realizara en ese pasaje por el cual, el mismo significante al repetirse, cambia de registro. El acto de cargar que se da a la mirada oculta un objeto que solamente toma cuerpo luego de una interpretación, interpretación que le gana terreno al síntoma.

La tesis de Lacan en el Seminario del Acto, “es que éste sería un caso en donde el significante tendría la función de significarse a sí mismo; es decir, que funcionaría fuera de sus posibilidades, en lo imposible. El significante en el acto, entra en lo real. Y algo que lo corrobora es la opacidad absoluta en cuanto al sentido que guarda ese significante, su carácter asemántico, que se trasmite en la insensatez vivencial del acto, en su marco de angustia, en lo prodigioso e irracional de la decisión”

El tercer tiempo que rescato surge nuevamente en medio de la sorpresa y sus efectos son incalculables. Fuera ya de la sesión, justamente saliendo del consultorio la analista mirándome dice: “Tu bolso es bonito”. La frase se me presentó como toda una ecuación a despejar que me mantuvo en vilo todo el fin de semana ¿Que había querido decir? Deseché bonito al cabo de un tiempo y entonces sucedió algo inesperado, comenzaron a aparecer asociaciones en cascada que no dejaban de producirse y sobretodo se daban con una claridad de conciencia y seguridad de verdad tal, que todo lo demás dejó de existir por un instante, a la vez que sentía una paz difícil de reconocer en mi historia llena de angustias.

Algo de lo que no puede decirse se escribía en ese “bolso”. “¿Qué mejor se puede esperar del psicoanálisis, si encontrar la palabra que valga por la



cosa, es decir que valga por lo real, es la ambición de la disciplina?” (Lacan. Disolución de la EFP, en Soler C. Prólogo de Heteridad 2).

Tú eres eso, la interpretación apuntó a hacer venir al significante que nombra eso. ¿Cómo llamarlo?, significante asemántico, letra en el sentido de una irrupción de un real que determina toda la organización de la cadena simbólica, una letra que señala el anudamiento de goce y del Otro simbólico, y que hace marca, estilo. Palabra que recubre el goce pulsional y que revela la demanda del Otro. Una visión de la castración materna y una forma de completarla, porque allí donde ella era falta me alojaba. Un significante que amarraba toda la historia, los síntomas, la posición de goce, incluso la transferencia. Si, esa palabra era una conclusión sobre ese modo tan mío, tan propio de hacer de la castración un adorno.

Porque entre el significante enigmático del trauma y el término que viene a sustituir en la cadena significativa actual, hacía falta encontrar la chispa que fijaba el síntoma, aunque más que la chispa lo que me encontré fue con una interpretación que me deslumbró, que violentando la represión me nombra. Un S1 soporte del síntoma, letra que dice como se goza en el fantasma.

La interpretación desencadena el poder de una articulación tal, que la misma no tiene otro motivo de anclaje en sus consecuencias que el goce mismo, las proposiciones de goce que pueden surgir del fantasma. Una interpretación que solamente puede ser verificada si tiene efecto sobre el goce. Lacan en el Atolondradicho se pregunta (no recuerdo la página) por la interpretación en tanto produce efectos reales, es decir, de producir cambios en el ser hablante a nivel del sujeto sujetado a la palabra. Y remata diciendo que esta interpretación condiciona el final del análisis con la producción de un sujeto asegurado de saber. A esta interpretación enigmática la llamé en su momento “ajustada, a tiempo”.

Si el S1 podemos considerarlo letra es a partir de la experiencia del pase. En el pase podemos escuchar como un significante dejó de significar. Un significante que amarraba toda una historia, síntomas, relación transferencial, posición de goce; un enjambre que viene designado por una única y misma palabra. Un significante que se escucha

independientemente de lo que pueda significar en su función de letra que amarra un escrito, y que constituye el inconsciente tal y como nos lo enseña Lacan. Es el S1 que asegura el nudo, una lazada más, la que nomina. Letra que hará litoral entre saber y goce.

Desde aquí todo parecía empujarme al final. La salida se produce con el nombre de resto de goce rebelde. Ese nombre alejado del Ideal condensa las experiencias más importante de la vida y, en su escritura se inscribe el pequeño (a). El nombre pone punto y final. Sucede entonces un desinvestimiento súbito, cae la vía de la elaboración y comienza un tiempo de perplejidad que termina con un. “se acabó lo que se daba”. Ya no hay duda el corte esta vez no irá acompañado de un hasta luego. El desencadenamiento de la salida trasporta una certeza y se produce sin esfuerzo. La analista quedaba atrás. “Aquello que tenía valor de objeto, lo más precioso ypreciado, su valor agalmático (recuerden que es la articulación entre el objeto real (a) y el menos fi), por lo que se estaba dispuesta a pagar caro, deja de tener valor”. (María Antonieta Izaguirre. Azotea nº 7)

El fin del análisis es un límite con resto, un límite bajo una formulación significativa particular y precisa. La nominación que recae sobre esa marca no pone en duda que hubo transmisión. El límite como resto da cuenta de ese ser de deseo que nos habita y nos hace no-toda.

“De otra manera” me dije mientras cruzaba el umbral. Salida de una sujeto destituida pero no desatada, todo lo contrario; es una mujer limitada pero decidida. La limitación no es producto de la identificación sino más bien de lo que resulta como resto de la operación de separación. Alguien que cada vez tiene que arreglárselas con su causa.

Quiero terminar con unas palabras de Rene Menard que dicen: “El poeta existe, en cuanto tal, como capaz de escribir poemas; pero es, sobre todo a mi parecer, en los intervalos que separan la escritura de estos últimos, cuando le es dado considerarse poeta”.